

Periquillo le faltó una profesion, que no tuvo porque no pudo, pero que le venía como á cuerpo de pobre: la de *periodista* subvencionado.

Hé aquí la más típica forma del médico de Tula, ingertado en el adulator del opulento chino.

Como aquel, hablan magistralmente de lo que no entienden, y como éste incensan para medrar.

Aquel se presentó de médico con su golilla y la chupa del *doctor Purgante*, y éstos se presentan de periodistas con la golilla de D. Ignacio Ramirez y la chupa de Zarco.

Mil veces hemos aconsejado al gobierno que busque para ese noble oficio individuos de talento, á lo ménos, ya que no de las otras mil cualidades que se necesitan para guiar la opinion.

Y no es que nos ifanemos tanto por la popularidad de un gobierno que no lo es, sino porque se lo gre siquiera la proteccion á la inteligencia.

No se ha hecho, quizá porque la cosa es difícil, puesto que la verdadera inteligencia y la dignidad son cosas inseparables.

Ello es que á cualquier prendidito, de pedazo de vidrio en la corbata, copa á las once y levita á buena cuenta, se le sienta á la mesa de una redaccion y se le dá cuerda para que eche de su ronco pecho.

Todo estudiante destripado, todo gallito de alfiler, en política, martajador de inglés, platicon de Plateros, y financiero á la violeta, ya sabe adónde tiene su puesto.

Es esta una cofradía, una orden militar de responentes, de pretendientes, de *ilustrados*, de lo que ha dado en llamarse *un jóven de porvenir*.

Texto.—Víctor Hugo.

Maestro.—Barreda.

Tesis en pro.—El gobierno.

Tesis en contra.—El clero.

Cátedra.—La tesorería.

Premio mayor.—Diputado.

Profesion.—Periodista.

Tal es el triste batallon con quien tenemos que luchar, porque diarios liberales independientes, no los hay.

Esa circunstancia empequeñece nuestra lucha.

Cuando se combate con enemigos como los de nuestros padres, la lid se hace grandiosa y por lo mismo fecunda.

Cuando se va á refutar á un Zarco, á un Lerdo, á un Lafragua, á un Cardoso, se comprende el

afan, el estudio, el desvelo, el interés en la polémica, y sobre todo sus resultados; pero cuando se tiene delante á un petimetre, cuando estirando mucho al enemigo, pero mucho, como se estira una cuerda de violin, resulta un D. Pancho Wenceslao Gonzalez.... ¡Válgame Dios, ya me entró la flojera!

Y eso tratándose de un periódico como *El Monitor*, semi-independiente; pues ¡qué será respecto de esos amiguitos á quienes les dá unos pesos el gobierno para que digan *sí*, ó para que digan *no*....?

Esto corta las alas del corazon.

El triunfo sobre un disparatero causa más bostezos que una comedia del distinguido Sr. Chavero.

Sin hacerme esperar mucho voy á poner á mis lectores un ejemplo de lo que estoy diciendo.

Ayer *El Partido Liberal*, que es en el dicho batallon la compañía que más le cuesta al país, trae un artículo que es una nidada de disparates y todo lo concerniente al ramo.

¡Qué artículo!

Hizo bien su autor en firmarlo con pseudónimo.

La cocinera no debe saber que se escriben esas cosas.

Puede cambiar los potajes á la hora de comer, y en vez de servir almuerzo echar *pienso*.

Dirán mis lectores que soy exagerado. Un momento. Lo que se ha de ver, para qué se ha de decir.

Título.—La opinion nacional, (título muy sospechoso en un periódico que está escrito contra lo que cree, piensa y paga el país.)

Estilo cortado, conforme al último regüeldo de la indigestion *Victor-huguna*.

Sentencioso como un Demóstenes, porque Barrera les enseñó que se han de echar sentencias aun cuando debiera uno por ello salir sentenciado.

Autoritativo, porque ha aprendido de Tuxtepec que donde regaña el alcalde no tosen los alguaciles, y tonto y blasfemo porque esa es la sal de la tontería.

Voy á dar una muestra, no hay que picarse, porque no ha de ser más que una, toda vez que necesitaría la plaza de armas para amontonar tanto disparate.

Inútil es decir que el título de *La Opinion Nacional* le viene de que la Nacion es anticatólica, enemiga acérrima del clero, y devota canonizable de Tuxtepec, ó como estos dicen, de la paz.

Entrando en materia, se atropellan los disparates, las tonterías, las barbaridades, por salir al encuentro de uno, como las moscas de un figon de la Alcaicería al extraer el cajon de los dulces. Pero son disparates rabiosos, comunistas, de esos que

dan palo de ciego á la gramática, al sentido comun, á cuanto hay en este mundo y en el otro.

Por ejemplo, dice, refiriéndose á la educacion antigua:

“La vida mística de aquellos tiempos debía formar necesariamente parias desgraciados, y el sentimiento del paria se subleva á la hora del hambre y entónces el individuo tiende á conservar su existencia sea cual fuere el modo de hacerlo. De estúpido se convierte como la fiera hambrienta, en criminal.”

Ya vdes. lo ven: para decir que la fiera se convierte en criminal, se necesita ser de la cofradía subvencionada, y para comentar semejante barbaridad, se requieren fuerzas que no tengo.

Pero lo hermoso es esto: he oído á uno de tantos señores de la cofradía, sostener en la tribuna que el hombre es irresponsable de sus actos, puesto que ellos dependen del organismo, y por lo tanto que no hay criminales. En cambio hoy nos espeta que las fieras sí lo son. Hé aquí la ciencia jurídica en toda la brillantez del criterio liberalesco.

Y luego agrega:

“Busca su alimento no ya como *hombre* sino como *bandido*.”

Pero ¡bárbaro!—perdonándome vd. la palabra que se me salió—¡el bandido no es hombre!

Nada, lo dicho ántes. Las fieras son los crimina-

les, los bandidos. La cárcel está, no en Belem, sino en el circo de Orrin. Los tribunales deben transportarse á la Sierra Madre. Los jueces deben cambiar la toga por un traje de nahual, de oso ó de coyote, no sólo para no exponerse á ser devorados, sino porque para *los toros del Jaral los caballos de allá mismo*. De hoy en adelante la palabra *bandido* será sinónimo de *perro*, que al fin ya lo son por el destino y muerte que han alcanzado.

Sin duda en un razonamiento de esos se fundó la ley de salteadores y plagiarios.

¡Ah, pero eso habfan de haber dicho! Con razon la prensa no le encontraba ni piés ni cabeza á la dicha ley.

No cabe duda. El autor del artículo ha hecho un descubrimiento que en victor hugo llamarémos la *coalicion de los animales*, ó más claro, la racionalidad de los brutos. Hé aquí cómo más adelantado ratifica el autor su descubrimiento: "Porque opinion aún la tiené el animal."

¡Ah, ya caigo! Con razon hay tanto badulaque que dice con énfasis:

"Mis opiniones."

"Yo opino así."

"Y yo asado."

"No es esa mi opinion."

Y mi opinion por aquí, y por allá, y por acullá.

y todo se vuelve opinion, al derecho y al revés: caiga quien cayere.

El lector sabe que la opinion es el resultado de muchos y muy principales actos de la inteligencia.

Es el resumen de muchas ideas formando juicio, de muchos juicios formando raciocinios, y muchos raciocinios formando conclusiones, de las cuales conclusiones nace la opinion.

Ya me da rabia oír á tanto necio con costales de opiniones por todas partes, cuando los historiadores más eruditos, los filósofos más graves, los jurisconsultos más reputados, á la hora de opinar, ó lo hacen con suma modestia y temor notable, ó se excusan, que es lo más frecuente.

Así César Cantú no opina sobre varios puntos de Historia. El Abate Andrés se abstiene de opinar en la mayor parte de los puntos que toca en Literatura. Balmes se atiene á la opinion de otros autores, y lo mismo Dalloz y otros sabios.

En cambio aquí en esta cofradía de familia, en este retablo de firriches, en esta universidad liberalesca, todos opinan, todos muestran con garbo de compadre sus opiniones.

No comprendía yo este fenómeno; pero ya *El Partido* alzó el telon y descubrió la incógnita: "También los animales tienen opinion."

Hé aquí en dos palabras, dada la razon históri-

— 100 —

ca de muchas cosas en México, y de la mayor parte de esas opiniones que conocemos.

Vamos, no quiero pasar por avaro. Aunque ofrezca una sola muestra, no se me ha de cansar la mano en dar otra, sobre todo, para que sepan vdes. cómo explican esos amigos el espíritu de la Independencia de México.

Dice así:

“La masa de la nacionalidad mexicana todavía en el siglo XVIII expresaba su opinion por medio de sus crímenes. El español su dominador era el blanco de sus venganzas. Hé aquí el primer sacudimiento social. El descontento coadyuvó á la independencia, y entónces ya pudo vislumbrar el progreso.”

De manera que ese primer *sacudimiento*, el origen filosófico-histórico de la independencia, el sentimiento de ésta y su manifestacion fueron los crímenes.

De manera que todo eso que cantamos, enfaramos y encohetamos en la gran fiesta de la patria, no es sino una hllera de procesos de cárcel; los fastos de nuestro sér político se registran en los libros de los presidios ignominiosos, y nuestros cantares y loores se levantan á un puñado de bandidos, ó, (siguiendo el descubrimiento) de animales, de brutos, á cuya cabeza debe estar Hidalgo, como el buey Apis mexicano.

— 101 —

¡Qué tal!

¡Y éstas son las columnas más firmes del gobierno!

Y basta de leer barbaridades.

La conversacion de vdes. está muy buena, pero yo me despido.

(El Tiempo del viernes 28 de Enero de 1887.)

[Handwritten signature]

DIGO, pues, que la inquisicion está haciendo mucha falta, por más que digan y griten los que odian á la inquisicion porque la merecen.

Ya no quisiera yo la inquisicion para entender de puntos religiosos, que al fin y al cabo los insultadores de Dios y corruptores de la juventud se escaparán de la inquisicion de este mundo, pero no de la del otro, donde no se conoce el progreso. Me conformaría con la inquisicion para tanto cínico, tanto charlatan, tanto hereje de la ciencia, tanto sabio suelto, tanto desvergonzado mentiroso como nos han traído las luces, la civilizacion y la copa.

Se niegan, con la desfachatez más grosera, los hechos mejor probados de la historia: se inventan otros á título de insuficiencia; porque estos, que para acabar con toda autoridad, hasta la del mérito, dicen que ya no es el tiempo del *magister dixit*, quieren en cambio que se les crea cuanto inventan bajo su mezquina palabra de honor.

Es la eterna contradicción de los liberalescos entre sus dichos y sus hechos: es la eterna ley del embudo que forma el alma de sus prácticas.

Un católico asegura, por ejemplo, que Pío IX fué un santo, y lo demuestra con hechos públicos de su vida; un liberalesco no se mete en trabajos semejantes; asegura que fué mason y hay que creerlo, simplemente porque lo dice el petimetre Fulano, el energúmeno Zutano ó la nulidad Mengana.

“—No hay pruebas,—dice—; Qué importa! Yo que niego la autoridad del historiador, yo que tengo tanta boca para decir: “no opino como César Cantú;” yo, que merced á los prodigios del progreso, tengo libertad de pensar, opiniones propias, yo he de ser creído bajo mi palabra de honor, y Pío IX fué mason porque lo fué, y este es mi macho.”

Esta revolución, porque la revolución masónica se ha hecho sentir más en las ciencias y en el mundo moral que en las armas y la política, es un cálculo de los enemigos de Dios para hacer bola las ciencias, para meter bulla en la historia, para trastornarlo todo, todo aquello que conduzca al convencimiento de la verdad.

Desde que Voltaire empuñó la pluma se acabó el sagrado respeto á la historia que le tributaron nuestros mayores como al monumento de la verdad y de la filosofía.

Desde entónces ya no hay historia, á lo ménos tranquila y respetable.

Desde entónces, se miente y se desmiente con un cinismo exasperante; desde entónces cualquier charlatan que salió reprobado en el exámen de gramática, se pone frente á las más seguras tradiciones, á los más venerables sabios, á los hechos más indisputables.

A esto le llaman estos amigos, *conquistas del progreso y de la libertad*.

De aquí que todos los días nos encontremos una de esas *groserías* (que no merecen otro nombre), en que ya no falta más sino que nieguen que tenemos ojos en la cara.

Hoy nada ménos me desayuné con un articulejo del *Diario del Hogar*, ese papel que segun la frase de un distinguido liberal es *el basurero de la prensa*, en que se desmiente el hecho plenamente histórico de haber vendido Miguel López la plaza de Querétaro.

¡Eso quisieran! Librarse del negrísimo estigma, de la memorable cuanto humillante y vergonzosa cobardía de haber acudido al cohecho, para matar como reses á los vendidos y traicionados; de haber tenido que comprar el triunfo á pesar de sus elementos americanos, de sus generalotes y de su libertinaje.

Pero tarde han acudido á la mentira.

Son tantas las falsedades cónicas, las estúpidas invectivas de ese fárrago, que no le quedó al diablo por donde desecharlo, que era preciso reproducirlo con todos sus puntos y comas, para que el lector midiera la desvergüenza de estos hombres.

Tenemos espacio para ello, pero nos dá asco. Es hacerle á un fango honores sacrílegos; es levantar al petimetre de su tablita del portal hasta el trono del historiador.

Solamente para justificar nuestro desprecio al liberalismo que engendra tamañas grandezas y sabidurías, vamos á dar á nuestros lectores una idea de ese fárrago.

Dice que cuantas veces salían los sitiados de Querétaro á librar campaña, eran destrozados, siendo así que nadie, absolutamente nadie ignora que no salieron los generales Miramon y Mendez una sola vez, que no les dieran á los sitiadores tremendas revolcadas; pero buenas, tanto, que desesperados de sus armas tuvieron que acudir al cohecho para triunfar.

De lo contrario, ¡qué grandes tontos hubieran sido en comprar una plaza que podrían haber tomado con la mano en la cintura, á la hora que les diera la real gana!

Dice también, calumniando vilmente á un hombre que respetará y celebrará la historia, como celebra y respeta á todo el que por la verdad sabe

morir, que Maximiliano mandó á López á que solicitara del general Escobedo su fuga.

Esta es una grosería ridícula; el país entero sabe que Maximiliano sería cuanto se suponga, mémos cobarde é indigno. El Archiduque fué un caballero sin tacha. Nosotros, que no sentimos por él como emperador afecto alguno, no por eso dejamos de reconocer en él un tipo de la histórica caballeridad de la Edad Media,

Así lo reconocen también los generales liberales, á muchos de los cuales hemos oído hacer los elogios más ardientes á Maximiliano en este concepto.

¡Pobres petimetres!

Ocúpanse en confeccionar el cok-tail, en adular al ministro favorito, en hacer papelitos paseando la banqueta de la novia; en provocar desafíos cuando tienen ganas de almorzar gratis en la Concordia; en hacer ver las estrellas al sastre; en alquilar el caballo flaco para el domingo; en todo eso que les va como anillo al dedo; pero no alimenten su ociosidad queriendo manchar la memoria de un caballero, respetado por sus mismos enemigos.

¡Si faltarían á Maximiliano medios de fugarse sin pedir permiso al general Escobedo!

¡Si á ser cierto el hecho, no hubiera desde luego atronado los aires una gallera calamitosa!

¡A los tantos años salen con esa!

¡Pues dan lástima!

Y dice por último que "Miguel López cayó prisionero y que aprovechando esa oportunidad se fugó sólo por ir á decir al Emperador que ya la plaza estaba tomada, y que era preciso esconderse en alguna casa de la ciudad."

Más vale doblar la hoja.

Se me está subiendo, no el efecto que estas estupideces, sobre todo, dichas por semejante periódico, pudieran causar; sino la falta de respeto á la historia, á la verdad, al país; la tonta manera con que quieren sacudirse de un yugo de vergüenza.

Se me está subiendo y puedo decir una claridad en toda forma.

Más vale callarse y llevar la fiesta en paz. Al fin para castigar á los tontos sobra tiempo, porque es un defecto de que nunca se corregirá el poseedor.

Muy suya es su mollera! Que la gocen, miéntas esto nos dura.

(El Tiempo del domingo 30
de Enero de 1887.)

XII

¿QUÉ le importa al *Monitor*?

¿Qué pito toca en este asunto García Torres!

¿Qué mosca le ha picado á D. Pancho!

¿Cuándo los católicos nos andamos entrometiendo en lo que hagan ó no hagan los protestantes, cofrades de D. Wenceslao, en el interior de sus templos? Y eso que son nuestros, y que, por lo mismo, durante el tiempo que los tengan *prestados*, es incuestionable nuestro derecho para cuidar que no los destruyan ni los reformen. Y sin embargo no lo hacemos.

¿Qué le importa, repito, al *Monitor*, ni ménos á D. Pancho, el que se reforme, no se reforme, se derribe, ó se vuelva de cabeza la Colegiata de Guadalupe! Esa es cuestion de los católicos, mejor dicho, del Prelado.

Meterse en negocios de la casa ajena, es grosería, D. Pancho, una grandísima grosería. Si lo hace vd. á título de consejo nadie se lo ha pedido;

si á título de negocio, no es con vd.; si á título de *monitoriano*, se me llena la boca cada vez que repito: no le importa.

Pero el loro de Letran ha de meter el pico en todas las sopas, y así se cayera el mundo. No deja títere con cabeza. Ha de dar su opinion sobre todo el mundo.

¡Parece que es tan buena! Trátese del negocio que se tratare, lo primero que aparece es la cola de *El Monitor*. Desde esas cosas postizas para arriba, de todo ha de hablar; y luego con una urgencia y un boca abajo todo el mundo, que no parece sino que cuando nace cada ciudadano le mandan un recado á D. Pancho, diciendo que ya tiene otro *criadito á quien mandar*.

Parécia lógico que, tratándose de reformas en el Santuario de Guadalupe, *El Monitor* no tuviera más vela que la de un gacetillero, para dar cuenta de la noticia.

Pues no, ya se metió á discurrir.

Llegó D. Pancho á la redaccion con sus anteojos empañados, sus cosas de siempre y su mal humor de ordenanza. Y le dijeron: ¿que no sabe vd. lo que pasa?

—No, hombre!

—Pues van á reformar la Villa, (querían decir Colegiata).

—¡Caramba!

El primer pensamiento de D. Pancho fué: “pero en eso no se puede meter uno.”

Mas en seguida pensó: “bien, ¡pero sobre qué escribo hoy? además, puede ser un pretexto para echar la grande.”

Y se sentó.

Y diciendo y haciendo: allá van cuartillas que vuelan.

Y cátense vdes. á D. Pancho, así de *casquis*, con la indigestion del chocolate encima, y como quien escribe la cuenta de la lavandera, dándole consejos al Sr. Arzobispo, ilustrando la opinion é iluminando al gobierno.

¡Ah, porque eso sí! el gobierno habia de salir á bailar.

D. Pancho le ordena que si el Sr. Labastida no prescinde de su proyecto, tome inmediatamente cartas en el asunto. A D. Pancho le gusta que todo se arregle á *chincharrazos*.

Con él hay que tener órden y mucha compostura, porque si no, saca al punto el sable de papá.

No crean vdes. en él, pues de antiguo ha sido de mucha ley y de muy poca hebra.

Allá en sus remotas mocedades, cuando todavía no sabia escribir boletines, es decir, una cosa parecida á lo que hoy le pasa, fué á expulsar á los padres paulinos de Pátzcuaro, pero lo que se llama á lo hombre, con una furia que parecia la me-

ra verdad; sin dejarles sacar ni un popote para limpiarse los dientes en el camino.

Y todo esto en nombre de la libertad, de la propiedad, y sobre todo, de la tolerancia.

Después de ésto se vino á México á hacerle la oposicion á D. Manuel Gonzalez.

Así que, acostumbrado á tales cosas, lo primero que le ocurrió, fué calentar al gobierno á que tome parte en la cosa.

Y no como quiera, sino como se debe, á bayonetazos.

Luego, va saliendo con su gracia, con la eterna y afligranada gracia de D. Pancho, la ley de 14 de Diciembre de 1874. La ha citado más veces que canas tiene en el cerquillo. Es su caballito de batalla, su texto de boletinista, un suplefaltas cuando no hay chisme entre manos.

¡Claro está!

Esa ley, que se llama ley como podía llamarse caja de cerillos, pues no basta para que un mandato sea ley el que sea mandato, sino que es esencial el que sea justo; como esa ley, decimos, reserva la propiedad de los templos á la nacion, mientras no se consolide su propiedad, D. Pancho tiene una comezon, como si le hubieran echado cerdas picadas en las sábanas. En lo de la *consolidacion de la propiedad* está lo sabroso. Porque en fin, hoy que está tan caro el terreno en México, un

buen número de varas cuadradas, con muros utilizables, no sería mal bocado para pasar la ancianidad sin estar mojando tinta y sufrir los enfados de García Torres.

Por eso es que á cada paso le recuerda al gobierno la promesa de 74, calificándose como se califica D. Pancho, de *nacion*, de la misma manera que Luis XIV dijo aquel estribillo de todos los gaceticeros: "El Estado soy yo."

Pues bien, le diré á D. Pancho que piense en otra cosa, porque si sus esperanzas están en el Santuario de Guadalupe, ya puede perder las de ir á veranear á la Villa, á no ser con los piés por delante, cosa de que Dios nos libre.

Dice muy formalote, como cuando le da por colgar la papada, que él mete su cuchara en este asunto, por su deseo de que se conserve el órden público.

¡Pero vaya si para mentir se necesita talento!

Voy á ajustarle las cuentas á D. Pancho.—Asegura que se ha producido una grande alarma, capaz de trastornar el órden público, con motivo de las reformas proyectadas, y está por ello que no le cabe un anís en el gaznate.

Bueno, pues á renglon seguido sale con lo de la consolidacion de la propiedad de los templos, entre los cuales está el Santuario.

Yo le aseguro á vd., D. Pancho, que no quisiera

vd. hallarse en lugar, ni del gobierno, ni del que se adjudicara ese templo, el día que tal sucediera.

Porque si tratándose de simples reformas propuestas por la autoridad competente, que es en este caso la episcopal, dice vd. que peligra el orden público, ¿qué sería el día que la garra liberal sea quisiera consolidarle á vd. ese templo?

Piénselo vd. bien, porque miéntras vd. consolidaba las paredes, puede ser que el pueblo le liquidara las costillas. Afortunadamente no es vd. tan tonto; más sabe el diablo por antiguo que por diablo, y es probable que no se meta vd. en esas jaranas.

Pero eso no quita que la cita de la ley de Diciembre haya venido como pedrada en ojo de boticario al tratarse de calmar los ánimos.

Pues hay otra cosa. D. Pancho se opone á la coronacion de la Virgen de Guadalupe, porque dice que la corona va á desfigurar la imágen, esa imágen que sirvió de lábaro á nuestra independencia.

Malo está el cuento.

¿Don Pancho se opone?

¿Don Pancho no quiere que haya coronacion?

Pues ya está que no la hubo. Donde este hombre pone el ojo pone la bala!

La imprudencia de los señores Arzobispos autores del proyecto, ha estado en no consultar previamente á Don Pancho. Antes que escribir al

Pontífice debieron haberle escrito á éste, diciéndole: "¿Le parece á vd? ¿Es su última voluntad que coronemos á la Virgen de Guadalupe? ¿Queda vd. contento? Pero ¿de veras? ¿Cómo lo siente vd? ¿Sin que le quede nada adentro?"

Que sí, pues á coronarla; que no, pues á otra cosa, y ni quien vuelva á acordarse de esto.

Pero me perdonará el pontifical D. Pancho que le pregunte: ¿Cómo se figura que es la coronacion?

Porque tal y como debe ser, no imagino que desfigure á la imágen.

Espero su respuesta para no dar dado.

Por lo demás, son singulares estos pensadores.

Cuando se trata de insultar á la Virgen sagrada de Guadalupe, de combatir su culto, de prestarse sus propiedades, de blasfemar, etc., entónces no se acuerdan de que Hidalgo la levantó como lábaro de nuestra emancipacion política. En cambio, cuando se trata de tributarle uno de los más altos honores que la Iglesia tributa á las imágenes, entónces viene Don Pancho llorando unas lágrimas como tejojotes, acordándose de que fué esta imágen el estandarte de Dolores, y que no debe modificarse ni tocarse.

Se necesitan calzones para esto.

Hace unos cuantos dias la Virgen de Guadalupe fué insultada en la llamada Cámara de Dipu-

tados, con motivo de los toros. Don Pancho no dijo: esta boca es mía, para defender esa bandera gloriosa y triunfante de nuestros padres.

Hoy que se le va á laurear, no quiere que se desfigure; y esto de puro amor, en que se derrite, y de puro patriotismo, en que se abrasa.

Por último, dispone el rey que los sacerdotes anden desnudos, ó bien de blusa y chupa al hombro. Pues digan vdes. No pueden usar el traje talar, porque la ley lo prohíbe; no pueden usar levita, porque Don Pancho en su boletín de ayer la llama traje *distintivo*; tampoco chaqueta, porque ésta es igualmente *distintivo* de charros; pues sírvase el compañero de Juvenal hacer un figurín, según el cual, ni más ni ménos, anden vestidos los eclesiásticos.

Pero el caso urge.

Lo esperamos sin falta, porque entre tanto se están violando las leyes.

¡Pobre hombre!

(El Tiempo del sábado 5
de Febrero de 1887.)

—————

XIII

LA hipocresía y la culpa son hermanas gemelas," ha dicho el eminente Tamayo y Baus.

Los liberales llaman hipócritas á los católicos, primero porque quieren, por decir algo, y segundo porque la religión nos manda no hacer alarde ni escándalo de nuestras maldades. Ocultar una falta, no es ser hipócrita.

Pero cuando quieran ustedes pasmarse ante la deformidad de la hipocresía, cuando quieran que les hormigüeen las manos con el deseo de empuñar un látigo, una vara de membrillo ó un mecate remojado, para zurrar hasta rendirse; cuando quieran que se les vengan á la boca las más duras maldades, estudien un poco el liberalismo, como centro y pudridero de la más hedionda hipocresía. ¡Singular paradoja!

Los que hacen alarde del vicio en nombre de la libre conciencia, y de esa desvergüenza á que llaman despreocupación, son los que por otra parte se arrastran bajo la ortiga de la hipocresía.

Esta ley de los extremos en el vicio es tan vieja, que vemos á la serpiente hacer alarde de su enemistad con Dios, de su soberbia, mientras engañaba hipócritamente á la mujer.

El liberalismo quiere medrar, único objeto de todas sus charlas, papeles y revoluciones: y revisa esa ambicion odiosa con la sublime virtud del amor al hombre, al pueblo, al derecho. Se levanta una sangrienta revolucion con el exclusivo fin de apoderarse del poder que ya ha engordado á otro; pero eso sí, allá van las proclamas diciendo que se trata de regenerar al pueblo, de consagrar el respeto á las leyes, y de salvar al país.

Unos santos, y no otra cosa, son los que van á derramar la sangre inocente de los candorosos.

Unos ángeles de cabellos rubios, labios de rosa y almas de luz, segun los retratos que ellos mismos hacen de sí; y que en resmas despachan por los cuatro vientos.

—Está bueno; déjelos usted que *agarren*, y ya veremos.

Como esas vistas disolventes en que insensiblemente va desapareciendo y desfuminándose la figura de un ángel, á la vez que apareciendo, revelándose y poniéndose en foco la de un lobo, así sucede con aquellos cantos de las proclamas.

A los cuatro días de haber *agarrado*, va desapareciendo insensiblemente el serafin abrasado en el

amor del pueblo, y en su lugar va apareciendo el liberal abrazado de la tesorería.

Esa hipocresía se aplica á todas las formas de su vida.

Un día estaba un diputado á las puertas de una cantina. Venía de salida. Pero, vamos, estaba de un ochenta. Si le hubieran dado un ligero apretón en el estómago, de seguro salta por el ombligo un chorro de aguardiente.

¡Aquello era bueno! El padre de la patria se había bebido quien sabe cuantos vasos de patriotismo. Y no crean vdes. que siquiera disimulaba; al contrario, hacía una gala de su *tranca*, como si estuviera tan bonito con ella. Decía que le había costado *su* dinero. ¡Qué boca aquella!

Y eran las diez de la mañana.

Dijo muchas cosas contra Dios, los frailes y los hipócritas. Sacó á plaza todas sus vergüenzas; contó á cuantos pasaban lo que no le importaba á ninguno. En fin, se lució y se exhibió como libre pensador y despreocupado.

Pero en cambio á otro día, en la Cámara, pronunció un discurso que no pudieron seguir los taquígrafos; dijo y repitió que era *representante del pueblo*; y le dió á esta frase más vueltas que á la quincena el día anterior; pero la hipocresía correspondiente al escándalo de otro género, le hacía revestir con la legalidad y el deseo de servir al pueblo, la burla á las leyes y el medrar sin trabajo.

Tal es el liberalismo.

—¡A qué viene todo esto! dirá el lector.

Pues, señor, no soy telégrafo. Vamos por partes.

Hechas tales observaciones, nada tiene de extraño lo que hoy, revisando periódicos, me encontré en *El Partido Liberal*, que, como su nombre lo indica, es la hipocresía en lata, ó más claro, en conserva.

El lector va á ser el juez más imparcial de mi dicho.

No se trata de aquello de: *somos amigos leales y sinceros del general Díaz*; como lo fueron de Lerdo y como lo serán de Perico el de los palotes que les pagará mañana. No se trata de ninguna de esas hipocresías con que llenan diariamente las cuatro caras de su *Partido*; se trata de algo más; hé aquí el hecho:

En la primera plana del número correspondiente al 6 del actual, dí contra este párrafo que me hizo ver estrellas:

“Nosotros hemos reconocido siempre en el actual Arzobispo de México, desde su vuelta del destierro, un gran espíritu de conciliación, un vivo deseo de cooperar á la union de los mexicanos, y nunca, por cierto, le han faltado nuestro respeto y nuestra consideración. El Sr. Labastida ménos que nadie pudiera tacharnos de adversarios desleales ó irrespetuosos.

“Cuando hemos visto la cordialidad con que trataba á los más exaltados liberales, sus adversarios de antaño; cuando hemos comprendido sus esfuerzos para honrar y vivir en paz con la potestad civil, nos hemos congratulado de que la iglesia católica en México tuviese á su frente un espíritu superior, revestido de un carácter benévolo y afable.”

Cualquiera diría al leer esto que era la mera verdad, porque al parrasito, de puro serio y carabanista, no le falta mas que hablar.

Yo no; yo que los conozco hasta en mole de pato, comprendí que se trataba de una de tantas dadas de miel, para *sacar raja* de alguna manera, porque á los liberales no se les oye una palabra dulce sino cuando quieren *rasgar*. Venden su miel muy cara, como que les es tan escasa.

A la vuelta, en la misma hoja, tropecé con inmundicias, tan insultantes al Ilmo. Sr. Labastida, que me falta el valor de darlas á conocer á mis lectores. ¡Aquello sí es liberal! En suma, llama al venerable jefe de la Iglesia mexicana: soberbio, atrevido, mentiroso, tonto, y por último, concluye diciendo: “Conozca el público una vez más las tendencias reaccionarias del mansísimo Pastor de las bonachonas almas cristianas, cegadas por una estúpida obediencia sin límites.”

Ayúdenme ustedes á agradecer al *Partido* aque-

Las protestas de adhesion y de afecto, aquel congratularse por que el Ilmo. Sr. Labastida ocupe el alto puesto de Arzobispo de México!

¡Qué hipocresía tan gráfica, tan ridícula, tan liberalesca! Hubo un descuido, ya lo creo; pero tan feliz descuido, que merced á él, sin salir de un mismo ejemplar del *Partido*, pudimos medir su hipocresía.

Por supuesto firma esa série asquerosa de insultos al que no tiene bayonetas, no la redaccion, porque ésta respeta al injuriado; sino "*un expectador* (con x) *del sainete guadalupano.*"

Otra hipocresía; porque ese *expectador* (con x) no es más que la redaccion disfrazada de miedo. De otra manera preguntaría, ¿qué sucede con ese director, que mientras vuelvo á la derecha está protestando respetos al Sr. Arzobispo, y al volverme á la izquierda, permite que se le arrojen insultos?

¿Cómo andará esa direccion cuando el periódico se contradice en una misma hoja?

No, no hay loco que coma lumbre.

¿Cómo, cuando se trata de hilar mentiras para vestir de gala al gobierno, está todo que no le falta un boton?

¡Hipocresía, y nada más que hipocresía!

Pero ya vdes. se habrán admirado de la audacia y el descaro correlativo á aquella. Nos llaman á

los católicos "cegados por una estúpida obediencia sin límites." Esto nos dicen los que han dado y están dando el escándalo de la abyeccion más humillante. Los que en el comicio, en la Cámara, en el periódico, ejecutan incondicionalmente lo que con media palabra les manda el de arriba; los que no solo obedecen sino que aplauden y admiran cuanto disparate ó abuso ruinoso á la patria comete el gobierno; los que no solo obedecen y aplauden eso, sino que insultan al mismo pueblo, (como sucedió en la cuestion de la deuda inglesa y en la de los baldíos, solo porque el pueblo defendía sus ya moribundos intereses); los que hacen todo esto no por conviccion, ni siquiera por error, sino por la pura plata; esos nos tachan de *obedientes estúpidos*.....

¡Caramba!.....

Nuestra obediencia, ciertamente sin límites, por dicha, reconoce un principio noble, la fé, la conviccion, estúpida, en concepto de nuestros enemigos, pero conviccion perfectamente pura y desinteresada. Obedecemos al Papa, sin esperar de él mas que sus santas bendiciones y su enseñanza. La gran mayoría que con obediencia sin límites acata lo dispuesto por el Sr. Labastida, ni siquiera lo conoce personalmente.

Nuestra obediencia, en lugar de pedir dinero, lo dá, aunque pobremente, con sus limosnas. En

suma, nuestra obediencia será ciega, pero no criminal. En cambio, la obediencia de los liberales es abominable porque no reconoce por origen más fé, más convicción, más deseo ni más fin, que chupar al pueblo, que esquilmar á la tesorería, ó en términos más académicos, que comer mucho y beber mucho sin trabajar nada.

A ver, que venga un burro, el más bestia de todos, y que falle.

Nosotros creemos infalible al Pontífice, porque lo creemos venido de Dios.

Ellos creen infalible al gobierno, porque lo creen venido de Tecoac, de la derrota de Lerdo, su antiguo infalible.

Nosotros creemos verdaderos los dogmas, por ser obra del Espíritu Santo; ellos creen *dogmática* la muerte de García de la Cadena, por tamaños pesos que le sacan á la tesorería.

Y de esto nada dicen los *expectadores (con x) del sainete liberalesco*.

Al contrario, mucho amor al pueblo, mucha lealtad al gobierno, mucha convicción, una *sancta sanctorum* de virtudes. En cuanto al dinero, eso viene por añadidura, porque el *que al altar sirve del altar come*.

Nada más justo.

Dios les dé más.

(El Tiempo del miércoles
9 de Febrero de 1887.)

XIV

PAPELEABA yo en esa abrumadora nebulosa de legajos, folletos, calendarios, manuscritos, que llamaré el archivo del Sr. Gómez Larrea.

¡Ah! el lector dichoso y robusto que allá en la apartada aldea ó la casa de campo, se sienta á leer tranquilamente miétras da sorbos á la espumosa taza de leche, no sabe lo que estas líneas me cuestan.

Aún siento la indigestion desesperada de aquella tarde.

El archivo del Sr. Gómez Larrea es muy bueno; pero embrutece. Perdóneme la ingratitud; pero aquel desórden, aquellos montones de cuadernos hacinados por aquí y por allá; aquellos paquetes formados de una entrega del *Album Mexicano*, otra del *Evangelio en triunfo*, dos calendarios, una receta para la nogada, y la mitad desencuadrada de un breviario; aquellas barajas de periódicos, aquel conjunto pésimo de cosas tan buenas, en